

LOS comentaristas de la reunión de Puebla —hecha excepción del inteligente Henri Fesquet en *Le Monde*— han quedado desconcertados por la actitud del Papa Juan Pablo II en su viaje a América Latina, por parecerles demasiado conservadora en lo ideológico y en lo social. Actitud que es difícil juzgar de un plumazo, y que solamente con una lógica polivalente —la misma del reciente pensar científico— es posible abarcar y comprender.

El Papa Wojtyla es polaco: primera observación a tener en cuenta.

Además viene de un contexto religioso muy distinto del occidental, sobre todo en Europa.

En tercer término es un hombre que pone la religiosidad por encima de todos los demás valores humanos; y además —y eso es lo más sutil de su postura aparentemente conservadora— da más valor a lo vital que a lo conceptual, cosa que confunde a muchos al utilizar concepciones que parecen tradicionales, para que así le entiendan los poco cultos a quienes dirigió sus mensajes.

Y, por último, es una personalidad fuerte y llena de optimismo vital que arrastra a las masas sencillas. Reacción siempre ambigua, como la de las masas veleidosas que escuchaban hace veinte siglos a Jesús en Palestina.

Polonia es un país eslavo que se parece poco a nosotros. Cualquiera que vea la excelente película de Wajda "La boda", se percatará de ello. Nosotros los europeos tenemos una cultura cansada y una civilización que hace agua. En cambio, el polaco tiene una tradición llena de vitalidad, de lucha y de energía. Por eso en el plano religioso el habitante de ese país es católico. Chesterton, al convertirse al catolicismo, lo analizó así también; es más, se convirtió al catolicismo porque esta religión aliaba —según él— la racionalidad convincente con la plena aceptación de lo que es vital, a diferencia del pesado burgués puritano o calvinista que habla conocido él en Inglaterra.

Al Papa —que tiene gran semejanza con esta postura— le tiene que costar mucho trabajo, por lo tanto, acercarse a Occidente, con sus problemas y sus inquietudes, intentando acertar con una solución orientadora.

Eso se ha visto en Puebla. Allí el Papa ha dicho, sin embargo, muy claramente que no

UN PAPA DESCONCERTANTE

ENRIQUE MIRET MAGDALENA



El Papa Wojtyla, una personalidad fuerte y llena de optimismo vital que arrastra a las masas sencillas.

iba a dar consignas, sino a recordar —en un lenguaje demasiado tradicional— verdades religiosas-cristianas de todos los tiempos. Y añadió que tampoco deberíamos considerar a los obispos latinoamericanos reunidos en Puebla como "un simposio de expertos, ni un Parlamento de hombres políticos, ni un Congreso de sabios y técnicos".

No olvidemos esta clara dimensión de su actuación en México, que tiene dos aspectos: el popular (aun diría yo el populachero de los sombreros mexicanos, los mariachis y los paseos espectaculares) y el de su gobierno religioso y enseñanza. Aquél se encuentra en un plano que no es el otro. Pero este segundo tampoco es el de una encíclica solemne y universal, ni un cuerpo de doctrina y de directrices completas, porque el Papa espera el tiempo oportuno para lanzarlas y que pronto veremos expresadas en una encíclica que está escribiendo.

Es cierto que ha habido "un cierto desencanto", como dice Montaron en "Temoignage Chrétien". Pero también es verdad —como asegura Henri Fesquet en "Le Monde"— que en bloque "no ha condenado la teología de la liberación" ni ha habido una clara inclinación general a la derecha, porque allí estuvo Méndez Arceo, el combatido y avanzado obispo mexicano de Cuernavaca, recientemente recibido con grandes muestras de afecto por el Papa en Roma. Porque obispos claramente inte-

gristas, como el brasileño monseñor Proenza Sigaud, no han podido asistir a la Conferencia de Puebla, ya que sus compañeros no lo han elegido. Y porque obispos progresistas, como monseñor Proaño, han sido primeras figuras en las discusiones y confrontaciones, haciendo duras afirmaciones como ésta: "Dios ha creado el mundo para el hombre, para todos los hombres, y no para provecho de las compañías multinacionales".

Con toda firmeza, el Papa ha enseñado que "la misión evangelizadora lleva consigo una parte indispensable de acción por la justicia y las tareas de promoción del hombre". Nada de evadirse hacia las nubes, ni a los alejados mundos de las galaxias tan distantes de los problemas humanos cotidianos: aquí, en nuestra Tierra, entre los pucheros, las huelgas y las crisis económicas es donde se inserta el Evangelio; y todos los hombres —haciendo algo decisivo por superar las violencias— hemos de intentar encontrar la solución. Y digo los hombres, porque la Iglesia no tiene la solución. No posee una mágica "tercera vía" entre la derecha y la izquierda, porque si alguna vía centrista se quisiera escoger no olvidemos que el libro del "Apocalipsis" la desecha totalmente cuando dice el Dios bíblico: "Porque no eres ni frío ni caliente, te vomitaré de mi boca".

No queremos continuar siendo analfabetos de ningún mo-

NOS han salido demasiado viajeros y voladores los iluminados de hogaño. Aquel día se pudieron cruzar a 10.000 metros de altura, por lo menos, los aviones que transportaban a Juan Pablo II y a Jomeini I. Incluso no era técnicamente absurdo un choque frontal entre el delegado de Cristo en la tierra y el intermediario de Mahoma en el paraíso del petróleo a poco que los controladores civiles estuvieran aquella jornada con sus clásicas reivindicaciones laborales o con el ramalazo surreal. Hubiera sido la catástrofe aérea más espiritual, valga la redundancia, de la Historia de Universo: dos místicas saltando por los aires, dos levitaciones tocadas de ala, la inesperada unión brutal de lo que para la insondable divinidad, que diría el maestro, acaso no sea más que una misma vicaría en el planeta, un abrazo metafísico demasiado físico para un par de mortales: a esa velocidad por hora sólo los dioses auténticos pueden salir indemnes del encontronazo.

Lo que verdaderamente llama la atención de los profanos, sin embargo, es otra coincidencia. Pasma comprobar la poca fe, por no decir nula, que los grandes líderes de las religiones de masas manifiestan en público por los tradicionales métodos de transformación terrenal.

La imagen soberbia de un ayatollah teledirigiendo desde Neauphle-le-Château la revolución santa en el Irán por medio de susurros, oraciones y recitaciones versiculares, resulta infinitamente más verosímil a ojos racionalistas que su prosaico y catastrófico tras-

do. Queremos llegar a ser hombres conscientes, que no se dejen engañar por frases brillantes, sino por ideas y realidades profundas. Y la más importante es la dicha por el Papa: "La Iglesia es experta en humanidad, y por eso debe ser la defensora de los derechos del hombre", y buscar una "liberación integral" y no parcial, como engañosamente quieren muchos y luego quedan al final defraudados porque el hombre es un complejo de realidades, y no sólo una de ellas. Esta y no

otra es la actual doctrina social de la Iglesia basada en "la verdad completa sobre el ser humano".

Es equivocado que algunos crean que el Papa ha regresado a los tiempos de las encíclicas sociales, dando un paso atrás. Es lo contrario: él ha identificado lo positivo de aquella anticuada doctrina social, hoy superada, con el nuevo planteamiento de "la verdadera liberación". Monseñor Proaño lo dijo: "No existe la tercera vía", que es un falso camino, "una

mentira". No existe nada más que la legítima autonomía de las realidades terrenas y —por tanto— la solución que debemos buscar los hombres, no en cuanto a cristianos, sino en cuanto hombres.

Ha salido también en Puebla el tema de la colaboración con los marxistas, tan de actualidad en América Latina. Y este obispo brasileño ha dicho: "Si la causa defendida es justa, no hay problema, porque la fe incita a los cristianos a estar en primera línea con valentía y con

iniciativa". Lo que no debe olvidar el cristiano es que "no puede dejarse manipular ni por la izquierda ni por la derecha".

Lo que no debe entorpecer nuestra postura católica avanzada, es el marco dentro del cual se han dicho en Puebla estas verdades. El marco criticable de unos movimientos de masas que —aunque pacíficas— se parecen a las de Jomeini; y el marco de unas expresiones conceptuales que no son las de la cultura occidental más avanzada. ■

MIEDO A LEVITAR

JUAN CUETO ALAS



El ayatollah Jomeini, al tomar contacto con la realidad, perdido su poderoso mito, puede provocar una sangría.

lado al lugar del crimen para meterse en mítines, manifestaciones y pretensiones de gobernación: camisa de once varas.

Yo creía fervorosamente en Jomeini en tanto en cuanto ayatollah a distancia. Lo mismo que creo en Juan Pablo II como único interlocutor lingüístico con el Dios de los católicos. La lejanía espacial, e incluso temporal, del chilita era espléndidamente suplida por esa ciega látría que, como en las divinidades antiguas y heroicas, producía el exotismo geográfico: los grandes dioses habitaban ignotas y extrañas moradas y jamás se dignaban al viaje: asunto que explica de una vez por todas el misterio de la Santísima Trinidad. Por eso todo fue posible desde la

morada extravagante del ayatollah este, sólo accesible por el truco infalible de la comunión mística: hasta el destierro del marido de la Farah Diba. Pero héteme aquí que la apoteósica llegada del signo divino al aeropuerto de Teherán, manipulada como se manipulan los estrenos cinematográficos de Hollywood, señala con toda certeza el acabamiento de otro imposible sueño utópico. Especialmente porque Jomeini no es María Estuardo, en cuya sortija de oro rezaba que en su fin estaba su principio.

No se sustituye impunemente la libre interpretación de los hermosos versículos del Corán (permítanme que les recuerde que los chilitas son los luteranos del Islam)

por el recitado megafónico de una serie de tópicos socioeconómicos rusonianos que harían las delicias de un ecologista de los de la época del Movimiento Nacional. Y es que en estos asuntos elevados, inefables, espirituales, el recurso del "directo", que dieran los especialistas en la cosa televisual, es tremendo error político. El ayatollah, como todo dios, es un ser "diferido": intemporal, ubicuo, anteriormente grabado en la mente humana. Y cualquier toma de contacto con la realidad, cualquier aterrizaje, es capaz de acabar con su poderoso mito y provocar una sangría. Lo sabían con precisión nuestros maravillosos místicos, aquellos iluminados, alumbrados, recogidos, dexados o

perfectos que a punto estuvieron de conmover los cimientos de catolicidad española desde sus heladas guaridas castellanas o extremeñas, ocultos como topos y, sobre todo, mudos: haciendo de la oración mental su principal instrumento de crítica y trituration de la religiosidad dominante.

Pues a Juan Pablo II le ocurre otro tanto que al ayatollah. Hubo un momento en su papado, cuando exculpó a Lefebvre, condenó el aborto y se horrorizó ante el divorcio, o sea, cuando levitaba por el tradicionalismo, que nos hizo concebir esperanzas vaticanas porque, vuelvo a repetirlo, fuera del integrismo católico habrá salvación, que en eso no me meto, pero no hay futuro sociológico sin latines, gregorianos, liturgia y morados. También quiso aterrizar el polaco para resolver los problemas latinoamericanos, convencido el hombre de que la aburrida metodología diplomática de Marcelino Oreja y Aguirre es preferible al peligroso vértigo viajero de Juan de la Cruz, Miguel de Molinos, Teresa de Jesús, Juan de Valdés o María de Cazalla.

Etimológica e históricamente, tanto el Papa como el ayatollah van por el mundo de intermediarios entre los hombres y Dios. Pero en lugar de utilizar los tradicionales métodos de traslación y de comunicación con las altas esferas, andan estúpidamente metidos en dudosos asuntos de "charter". Prefieren volar a levitar. Y además, por separado, y eso, la verdad, no lo entiendo, que una coalición entre el del Corán y el de la Biblia para interceder por los condenados de la Tierra a buen seguro que sería más rentable que el abuso del Boeing. Excusen mi imperdonable racionalismo, pero cuando de asuntos religiosos se trata, creo que todavía hay diferencias entre el viajar y el rezar.